

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Al llegar a Madrid, la primer pregunta versa sobre la animación o desanimación de la capital. ¿Se zarran mucha gente por la calle? ¿Esa gente se divierte, tiene ganas de jaleo, de teatro, de cine, de las infinitas maneras que existen para matar al inmortal tiempo?

Un dato personal, es que, habiendo yo querido transferir la mitad de un abono en un teatro caro que me resultaba demasiado frecuente, hubo casi peleas, y una buena prima para el servidor encargado de la transferencia, lo cual parece indicar que no faltan humor y gana de lucirse, y, además, dinero. Sin embargo, se oye repetir que una angustia vaga cunde y abrumba a todos, según la guerra se prolonga. Existe malestar económico, no diré apremiante, suficiente, sin embargo, para que nadie se atreva a sacar fuera de la manta el pie.

En cambio, cuentan que la industria catalana sube como la espuma merced a la hora difícil porque Francia atraviesa. Parece que el pedido de sábanas y mantas es formidable, y no se le ha puesto límite.

Cataluña enviará cuanto pueda fabricar, y cuanto más, mejor. Ojalá con todos los artículos que España produce sucediese lo propio. Era ésta, por cierto, pintiparada ocasión para un país activo, que se encontrase preparado a sacar de su neutralidad partido y lucro. No hay ni leve indicio de que la paz se acerque, y ya se cuenta por años el plazo de su probable advenimiento. ¡Si España quisiese!

Pero *querer* ¿no es acaso el mayor esfuerzo? Se hacen mil cosas por voluntad ajena... y sólo nos valen las que hacemos por la propia.

Suponen los imparciales, que las probabilidades de triunfo son de Alemania. Lo escribo con temor y reparo, porque van a chillar los que me tienen por germanófila; verdad que, si dijese lo contrario, chillarían los que por francófila me diputan. Es inútil que repita que no soy *filonada*; que, en esta espantosa pugna, he mantenido el equilibrio de un espíritu sereno, de un alma enamorada de la historia.

La gente ha tenido siempre la manía de afiliarme. Por cualquier acto sencillo e impremeditado de la vida, por cualquier cláusula que brota al correr de la pluma, he sido alternativamente (hablo sólo de estos últimos años) maurista, romanonista, datista, ciervista, radical, reaccionaria, beata, subversiva, ¡qué sé yo! No se convencerán de que soy la persona más independiente, por lo mismo que mi sexo no me permite tomar parte en política; y a cambio de la desventaja de no aspirar a ninguna cosa, tengo la ventaja de no pensar por pauta ni sentir por papeleta. En lo referente a esta guerra me pasa lo mismo.

Tengo motivos de gratitud para Alemania y para Francia; en todas partes me han traducido, me han consagrado elogios que no merezco, con prodigalidad; en Francia me han recibido más que bien, y en Alemania me han invitado a infinitas solemnidades, a las cuales no me fué posible asistir, pero en las cuales hubiese encontrado honorífica acogida. Francia es para mí, con todo eso, algo especial, de mayor cariño e intimidad que Alemania. Mi cultura, en sus orígenes, fué francesa; hablé y escribí y leí el francés creo que tan pronto como el castellano. Además, he viajado por Francia y Bélgica más que por el Imperio germánico, y hay otra razón para que mi piedad vaya hacia ellas: los hermosos monumentos destruidos, arrasados por el cañón. Alemania, por ahora, no ha sufrido estas mutilaciones. Si consulto a mi corazón, hallo que está por Francia, y es a Francia a quien deseo paz y prosperidad y gloria.

Los ingleses me interesan tanto como les intereso yo a ellos..., y es bastante. Inglaterra, a decir verdad, no me preocupa. ¡Nos ha hecho tanto daño! Rusia, ¡psch! ¡Está tan lejos, es tan enorme!

Y en esta contienda ha terciado sin ilusión, por

compromiso, por cuestiones de empréstitos y de fondos. Bélgica sí que me duele infinito. País más mono, más cuidado, más intensamente civilizado, no existió. Es horrible que lo hayan despachurado así, como se despachurra un bello fruto, como se pisotea una fina flor. Estoy inconsolable. Por mucho que se repita que esto fué fatalidad histórica, consecuencia forzosa de otra fatalidad topográfica, habrá que lamentar siempre, plañir como sobre las ruinas de Palmira o de Nicosia.

Pero, ¿qué tiene que ver con mis sentimientos de simpatía y de conmiseración la opinión que forme acerca del probable resultado de la guerra? Si creo que les va bien a los alemanes, y hasta afirmo que son asombrosos por el vigor, la resolución, la previsión y la energía singularísimos de ese pueblo y de esa raza, que quiere extenderse y ocupar un puesto preferentísimo en el mundo, ¿mentiré? Pues el que reconoce estas verdades que saltan a los ojos, afiliado queda en el acto. ¿Qué hacer?

Me resigno a recibir por correo una serie de cartas y artículos enojados, y, en el mismo cajón, guardo los que me acusan de ingrata con Francia y los que me ponen de vuelta y media porque he calificado de vandalismo la destrucción de la Catedral de Reims...

Como decíamos, Madrid está más bien alegre y, sobre todo, rebosante de gentío. Las patatas y los huevos — dicen tristemente las amas de casa — por las nubes (es la clásica frase). ¿Por qué han encarecido tanto estos artículos? Es evidente que se exportan. Bueno que se exporten, y aun habríamos de resignarnos a pagarlos a un precio subido; pero si los huevos y las patatas están autorizados para salir, no entiendo por qué no ha de gozar de igual inmunidad el trigo. Dijérase que lo único que comen los pobres es pan, cuando tan rigurosamente se procura que no encarezca ni salga de España el grano.

Y el caso es que, si por un lado el trigo conviene barato a muchos pobres, por otro hay pobres a los cuales les sería ventajoso que se cotizase más alto.

Los productores de trigo, por lo menos en mi país, son en su mayor parte aldeanos, y el trigo que cultivan un gran recurso para ellos, para pagar la renta, para ahorrar unos duros con que mercar la pareja de bueyes o la vaca.

Los años de precios inferiores baja también la bolsa ya escuálida del labriego. Y tiene el grano y especialmente el trigo esta particularidad: no puede subir sin que suba el griterio.

Lo escribo sin pasión, aunque soy también algo triguero... Lo escribo hasta glacialmente, en una habitación donde la estufa de gas, como burlándose de mí, permanece desviada de la pared y sin tubo de goma, apagada por consecuencia. El conseguir en Madrid que os atiendan los que monopolizan el suministro de lo más necesario para la vida, sobre todo a principios de estación, es ardua empresa. Un aviso a la fábrica del Gas (que por cierto acaba de sufrir un siniestro, una explosión peligrosa), es obra de romanos. Avisáis el lunes de una semana y acuden el martes de otra. Generalmente, la primera vez no vienen a hacer nada, sino a mirar, a contemplar, desdeñosos, lo que habrá que hacer al otro día.

Sucede que se echa de menos el arcaico brasero de nuestros padres, de nuestros abuelos si se quiere... Y ¡qué diré de la gran chimenea feudal, mucho más antigua y, por tanto, muy preferible! La hemos restaurado, en el campo, donde los árboles ofrecen generosamente sus ramas, los sarmientos de la vid su delgada leñilla crepitante, las piñas de pino marítimo su resina embalsamada, y los eucaliptos su aromático follaje.

Una de las grandes ventajas de este modo de combatir el frío es que no se han menester, ya construida la chimenea, operarios, tuberías, calderas ni ninguna cosa más que la leña restallante, cuya llama entretiene la vista, siendo de esos espectáculos que nunca cansan, por lo mismo que son iguales siempre, como el mar, las fontanas, los prados eternamente verdes y los bosques invariablemente profundos y rumorosos.

Nunca veo alzarse la llama en las chimeneas de piedra sin sentir en mí una impresión muy frecuente: la de algo ancestral, la vida, confusa y borrada por el olvido, de las generaciones que nos precedieron, allá en la remota noche de las edades prehistóricas. El más sublime de los dramas que inspiró la Melpómene griega, el *Prometeo* de Esquilo, nos da, en símbolo expresivo, la representación de lo que pudo ser para la humanidad la conquista del fuego, que no conocía. Estado más triste, más bestial, no cabe.

Sin el fuego, la sangrienta ración de carne cruda era el alimento de los infelices errantes por estepas

y paraderos, siguiendo, para guiarse, la corriente de los ríos y la marcha de las estrellas. Sin el fuego, sus cuerpos desnudos estaban atarecados de frío; y tiritarían, arrimándose los unos a los otros, como trémulo rebaño que se apretuja para no sufrir.

Y cuando vino el fuego reparador, nació la familia. Porque antes, la misma promiscuidad del rebaño era la ley de la horda humana. Apenas cada cual pudo encender su lumbre, el hogar nació; porque la mujer y el hombre que se preferían, y cuya unión había producido otros seres, en virtud de natural instinto se arrimaron con ellos a la fogata encendida por sus manos con el combustible traído del monte, y no permitieron que nadie compartiese con ellos aquel rincón de su bienestar y de sus nuevas ternuras. El fuego creó el amor, creó la intimidad, creó la célula humana.

Y he aquí lo que reveo, como si volviesen a mi conciencia dormida las antiguas sensaciones, cuando las lenguas rojas de la lumbre suben a acariciar la pared de granito y se deshacen y rehacen incesantemente, como tejido de rubíes que se contrae y se despliega... Y pienso en los millones de hombres que, cogidos por el engranaje implacable de la guerra, a estas horas vuelven a padecer el desabrigo y a dar diente con diente, lo mismo que los primitivos en sus sombrías cuevas, en las tinieblas de las lejanas edades.

En vano, oh Titán amigo de los hombres, robaste al Saturnio su rayo y te dejaste desgarrar las entrañas por el buitre carnívoro. Es el buitre quien triunfa. Y el festín del buitre es el más opíparo de cuantos se servirán este año y el venidero. Buitres, cuervos y grajos están de fiesta. No me la he echado nunca de pacifista; pero vamos, que ahora...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.